



Seix Barral

Enrique Vila-Matas

Canon de cámara oscura





Seix Barral Biblioteca Breve

Enrique Vila-Matas

Canon de cámara oscura

1

Es medianoche y Violet, en un ángulo del patio donde se celebra la fiesta, pregunta si me acuerdo de los Denver-7. Claro, personas artificiales, indistinguibles de nosotros. Androides, precisa muy puntillosa, como si en ello le fuera la vida. Y me habla de los sobrevivientes, de los androides del sector Denver-7 que todavía circulan por Barcelona, todos con recuerdos implantados y capacidad para reproducirse. Muchos de ellos, dice, han tenido descendencia. Sé de qué me habla. De entrada, porque se habló mucho de los Denver-7 en una época no tan lejana. Luego, menos. Algunos tienen un punto agresivo, una genética pendenciera.

Fueron programados para vivir cuatro años y un grave fallo en su energía eléctrica —el «Gran Apagón» de Barcelona— les dio vida abierta, de duración

indefinida, pero últimamente ya no se habla de ellos, son discretos, jamás han buscado distinguirse de las personas corrientes. Violet disiente. Bueno, dice, no han buscado llamar la atención, pero más de uno es muy impulsivo, a cierta edad quieren vengarse de quienes los compraron para convertirlos en sus sirvientes.

No sabía, digo. Con el tiempo, dice, se las han arreglado para llevar una vida corriente, aunque algunos andan desorientados. Pregunto por qué desorientados. Por el enredo continuo, dice, que tejen en ellos los recuerdos implantados.

Me asombra que sepa tanto de los Denver-7, pero aún más que, tras tantos años de no vernos, Violet me esté ahora hablando únicamente de ellos. Trato de cerrar la charla, de acusada tendencia robótica. Bueno, digo, se trata de un fenómeno bien exclusivo de Barcelona. Violet percibe que quiero cambiar de tema, y se resiste. En todo caso, dice, el problema lo veo en que algunos Denver-7, al vivir más allá de lo que tenían programado, han ido accediendo a una conciencia empática superior.

Vaya. No conocía ese enfático concepto de «conciencia empática superior». Al aumentarles el tiempo que tenían de vida, dice, algunos han ido adaptándose tanto a su nueva programación que se han huma-

nizado demasiado y, como te digo, están notando la llamada a la sublevación, y a algunos ha habido incluso que aplacarlos. Le pregunto qué entiende por aplacarlos. Que ha habido que discretamente *retirar* a algunos, dice, con ojos muy malignos, la verdad. Y qué entiende por *retirar*. Violet, impasible, dice que para evitar la alarma social, no hace mucho han *abatido* —utiliza ese pringoso eufemismo— a algunos exaltados haciendo pasar sus muertes como venganzas entre traficantes de droga.

No sabía nada de esto y la felicito por saber tanto sobre los sobrevivientes de los Denver-7, de Barcelona. Pues aún no sabes nada, dice. Y da un sorbo nada tímido al aparatoso cóctel que está tomando. Quizás sea el alcohol, pienso, el que está creando en Violet esa obsesión con los Denver-7, un tema que, por mi parte, preferiría dejar de lado.

2

Cometo un error y, simplemente por bromear, le pregunto si acaso ella no tiene recuerdos implantados. ¡Dios santo la que se arma! ¿Cómo iba a esperar esa reacción por su parte? Me lanza una mirada de ojos desorbitados y comprendo de inmediato que ha sido como si le hubiera dicho que ella es una Den-

ver-7. Pero tal vez es lo contrario: como si le escandalizara que no la reconozca como tal, como Denver.

No sé qué hacer, me veo atrapado, en todos los sentidos. A Violet llevaba años sin verla, y lo que ahora registro es que tiene poco de aquella «novia eterna» de Altobelli, de aquella joven casi siempre callada y obediente, la muchacha discretísima que acompañaba a todos lados al malogrado Antonio Altobelli, mi admirado amigo y a la vez mi maestro de escritura, y uno de los pocos narradores valientes que ha tenido Barcelona.

No puedo dejar de recordar lo osado que era yo cuando me movía en el círculo de Altobelli, tal vez creía que me protegía él. Por ahí también se movía Violet, que debe de recordar que en aquellos días se decía de mí que era autista. No lo era, pero es cierto que en mis primeros años de ayudante de Altobelli, podía parecerlo. Andaba descomunicado del mundo de la gente corriente y tenía una marcada tendencia a decir en todo momento, sin filtro alguno, lo que pensaba. Era un alma libre, pero no un autista. Pasar por un autista me facilitaba las cosas, porque me permitía decir todo lo que pasaba por mi cabeza.

Me ocurría lo que hará unos meses vi reflejado en la atípica serie *Dinosaur*, escrita por una autista con un talento magnífico para darle la vuelta a todo y hacernos ver lo exageradamente ficticia que es la vida de

cualquier neurotípico, esto es, de cualquier persona de las que se considera *normal*. Porque todos fingen todo el rato y lo que sucede es que jamás pueden ser ellos mismos, y a su manera, están tremendamente encerrados en algo que no existe y que tiene todo el aspecto de, en el fondo, no tener sentido alguno. Hablo del mundo, claro.

3

De Altobelli fui su secretario y sirviente, más tarde buen amigo, y después su heredero en la Tierra. Tuve una relación muy móvil con él: humilde y luego engreído secretario, compañero de borracheras, discípulo y, a su muerte, heredero de una potente biblioteca.

Pienso que Altobelli (también conocido como *el fracasista*) fue el escritor con más talento (o coraje, da igual) de su generación, la de los nietos de aquellos «héroes forjados en tantas batallas, hoy llorando por los rincones de las tabernas», de los que hablara Juan Marsé en *Un día volveré*.

Su capacidad para enfrentarse a todos los peligros no le sirvió para impedir caer derrotado por sí mismo. Pero, por lo demás, *el fracasista* prodigó los gestos de valentía, como cuando dijo a todo el mundo

haberse decantado por una literatura que fuera desvergonzada, irresponsable, y sobre todo divertida, a lo Laurence Sterne (que era como decir Cervantes), pues si algo no soportaba era el narcisismo de los que creían contribuir a mejorar la sociedad con sus obras.

Supo divertirse, incluso a la hora de emprender su repentina y peligrosa «mala vida», que le fue llevando a un irremediable punto final. Pero no por eso, por tener que atravesar todo tipo de duros parajes vitales, se olvidó de seguir pasándolo bien, como tampoco de seguir aconsejándome lo que tenía que leer, empezando (humor no le faltaba) por *El Golem*, de Gustav Meyrink. Cuando se cercioró de que lo había leído, hizo de guía para dejarme un alto legado en forma de lecturas imprescindibles.

A cada libro que me recomendaba, le seguía una carcajada infinitamente seria. Algún día lo comprenderás, me comentó en más de una ocasión.

Recuerdo la tarde de hará ya diez años en la que, tras elogiar que congeniara tan fielmente con su visión del arte como «forma más alta de lo sagrado», me anunció que intuía que, por haber apostado él tan fuerte por destruirse, se estaba acercando irremediablemente a su último abismo.

Tardó tanto en decirme aquello tan grave que pensé que añadiría una carcajada para tranquilizarme. Pero ésta no sólo no apareció, sino que hizo una

pausa tensa que nunca olvidaré, porque precedió a unas palabras que me sorprendieron aún más: al ritmo que iba hacia el final de su vida, dijo, no tardaría en heredar los libros de su biblioteca.

Que fueran a parar a mí, dijo, le ayudaría a irse más tranquilo al otro mundo. Dijo eso, y entonces sí: estalló en una risa, pero tan glacial que me produjo pánico. Fue como si con la biblioteca hubiera querido dejarme el legado de una risa mortal.

Esa tarde tan absolutamente memorable tuvo de todo. Lo digo porque me dejó un recuerdo extraño: tras confirmarme que iba a legarme su biblioteca, comenzó a decirme que, a diferencia de los que, sabiendo que él era inimitable, le imitaban y hacían el ridículo, a mí me veía como el único capaz de extender su obra, escribir a partir de lo que había escrito él y que la imitación no se notara porque, me gustara o no, yo era más raro que él. Y en el caso de que se notara, dijo, no importaba, porque siempre uno acababa por descubrir que lo que quería escribir era *indecible*.

En ese mismo instante comprendí mejor por qué le llamaban *el fracasista*. Porque su lucidez le hacía ver que estaba fracasando y aun así seguía escribiendo. Y porque esa misma lucidez le hacía ver la imposibilidad de expresarse con el código limitado de la lengua. Y también porque conocía la universalidad de ese

fracaso que ataÑe (en los últimos cien años más que nunca) a todos los escritores con talento que ha habido y habrá, de modo que en el fondo a nadie que sea inteligente se le escapa que lo que quisiera escribir siempre va a resultarle *indecible*. Aunque no por constatarlo hay que dejar de escribir, no por eso hay que renunciar a las cosas del mundo, más bien lo que hay que hacer es lo que recomendaba Julio Cortázar en *Rayuela*: «pero lo que yo quisiera decir es justamente indecible. Hay que dar vueltas alrededor, como un perro buscándose la cola [...] simplemente hago todo lo que puedo para que las cosas me renuncien a mí».

4

En aquella tarde para mí memorable, en la que todo mi ser crujió, hubo un momento en el que pensé en decirle a mi antiguo jefe que no tenía por qué ver tan próximo el abismo. Pero él, como si hubiera intuitido que iba a decirle algo de ese estilo tan blando y bondadoso, se adelantó para anunciarme que tenía una «idea sombría», pero altamente interesante para el futuro de su biblioteca cuando ésta fuera mía.

No tardé en saber que la idea sombría consistía en que aligerara lo máximo posible la biblioteca que re-

cibiría y seleccionara de ella mis libros predilectos —un número indeterminado de libros de cabecera— y los colocara en un cuarto mal iluminado de mi casa, y allí pasara a estudiar la posibilidad de que, algún día, cuando como lector estuviera más curtido, algunos de ellos llegaran a constituir un muy subjetivo *Canon intempestivo*.

—¿Me explico?

—¿Un Canon?

—Sí, pero intempestivo, ligeramente inactual. Porque yo creo que en pocos años, si lees todos los días, estará muy pronto a tu alcance hacer un Canon equivocado, como el que hacen todos, pero más esquinado que el que hacen todos.

—¿Y por qué mal iluminado?

—Precisamente por eso, porque el tuyo tampoco tendrá muchas luces.

Altobelli rio más que nunca. Parecía que nada le hiciera tanta gracia como la oscuridad.

—Y porque, sin las sombras —dijo—, los libros que tanto nos gustan no serían nada.

Esta última frase dio paso a un momento que tantos años después aún sigue grabado en mí, pues aquellas palabras engoladas, un tanto solemnes, imitaban sin querer el tonillo habitual, rayando en cursilerías o gratuidades, del ensayista Maurice Blanchot. Y eso provocó que se me escapara tímidamente la risa. Lo

más curioso de todo: a Altobelli le pasó lo mismo y acabamos riendo los dos en una estruendosa conjunción de carcajadas que corroboró la complicidad que podía haber entre los dos a la hora de reírnos de alguno de nuestros ídolos.

—¿Y por qué un Canon intempestivo?

Por un momento, tras la pregunta, estuve a punto de rehabilitar quizás demasiado rápido y en secreto a Blanchot, que una vez dijo algo tan afortunado como que la respuesta es muchas veces la desgracia de la pregunta. Pero no importaba, acabé pensando, que esa desgracia pudiera darse, y repetí la pregunta.

—¿Y por qué intempestivo?

—Porque es el adjetivo que gritaba Nietzsche antes de caer en aquella estrepitosa locura en Turín. Me gustan las locuras, qué quieres que te diga. Y si son de Nietzsche mucho más. Y porque un amigo acaba de decirme en una carta que para ser realmente contemporáneo hay que ser ligeramente inactual. Y créeme que me ha ayudado que me propusiera que, un día, cuando notara que había llegado el momento, me situara en esa posición desplazada que nos provee el lenguaje.

—¿Desplazada?

Hablaba, dijo, de esa posición desde la que se abría, a modo de paralaje, la distancia crítica que nos permite esbozar una discrepancia.

¿Paralaje? ¿Qué significaba aquella palabra? Son-

rió paternalmente. Era, dijo, como la variación aparente de la posición de un objeto, especialmente un astro, al cambiar de lugar quien lo mira.

Observé, divertido, que sin darse cuenta, él había vuelto a hablar de forma engolada, tipo Blanchot.

¿Y quién era el amigo que le había hablado de lo *intempestivo*? Se trataba de un narrador, Carlos Fonseca, un costarricense y también portorriqueño que escribía en Londres y era el mejor amigo del doctor portugués que a su vez era también el mejor amigo de Altobelli.

¿Y cómo se llamaba aquel portugués? Ya lo sabría con el tiempo, dijo. Y pasé a sentirme en cierta forma algo desplazado.

—Y perdona, vuelvo a preguntarte, ¿por qué un Canon?

—Porque puede que te ayude a tener un proyecto en la vida. Ya eres, de hecho, un desplazado. ¿Por qué no probar a desplazarte todavía más?

Me pareció que acababa de darme una sombría idea, pero en el fondo muy iluminada: el Canon desplazado.

—Ya entiendo —dije—. Puesto que voy a fracasar, como todo el mundo, que al menos sea divertido hacer el Canon torcido.

Se aguantó la risa y me corrigió:

—Desplazado.